

los gustos con los pesares. Unos soldados españoles, afectos al gobernador Diego Velasquez, convinieron secretamente, sin duda por el miedo de los peligros que les amenazaban, en quitar la vida á Cortés, Alvarado, Sandoval, Tapia, y á los que eran mas adictos al general. No solo estaba ya señalado el tiempo y modo de dar el golpe con seguridad, sino elegidas las personas á quienes deberian darse los principales cargos; pero los denunció uno de los cómplices en la conjuracion. Mandóse prender á Juan de Villafañá cabeza del motin, y confesado su delito, fué ahorcado á una de las ventanas del cuartel. Cortés disimulando, atribuyó á malignidad del reo la complicidad que atribuía á muchos. Entonces Cortés nombró una escolta de soldados fieles y valientes que cuidasen dia y noche su persona. Ocurrió tambien otro suceso que iba á comprometer á Cortés con sus aliados de Tlaxcala, y de que salió bien, porque le acompañaba la fortuna borracha y caprichosa. Concluidos los bergantines en piezas, desde Tlaxcala á Texcuco fueron llevados á la laguna por Alvarado y Olid con sus tropas. Acompañaban á Alvarado el general Xicotencatl y un primo de este, llamado Piltcuclli, el cual en una disputa que sobrevino, fué herido por un español, sin el menor miramiento á los respetos de Xicotencatl. El capitan Ojeda procuró apaciguar á los de aquella pendencia, pero Xicotencatl se dió por ofendido de este ultraje, sin embargo de que al herido se le permitió regresar á Tlaxcala á curarse, y no hallando el general de Tlaxcala modo de vengarse del ultraje, abandonó ocultamente el ejército y se marchó para su tierra. Alvarado dió parte á Cortés de este suceso, quien mandó á Ojeda que arrestase á Xicotencatl, y luego que lo tuvo en su poder, lo mandó ahorcar públicamente, á pretesto de llamarlo su desertor. Este ruidoso acontecimiento, que debió conmovier el ejército de los tlaxcaltecas, por dicha de Cortés produjo un efecto contrario, pues los llenó de terror, é hizo que en lo de adelante observasen mas estrechamente

la ordenanza militar. Cortés se valió de aquel pretesto para deshacerse de un hombre á quien de antemano aborrecia, tanto por haberlo batido cuando invadió á Tlaxcala, como por haber sostenido las pretensiones de Cuiclahuatzin que pedía se deshiciesen los tlaxcaltecas de los españoles cuando se presentaron derrotados en Tlaxcala. Cortés no sabia perdonar sus injurias personales, era tan cruel como vengativo. Mientras tanto se aprestaban los bergantines en Texcuco, Cortés cuidó de hacer un reconocimiento de los pueblos inmediatos á la capital; ya, para sacar recursos de ellos; ya, para conocer su posicion que ignoraba, pues jamás los habia visto; y ya para situar las divisiones de su ejército, de modo que pudiesen obrar de consuno, poniéndose en contacto unas con otras. Antes de poner mano á ello, fortificó su cuartel general de Texcuco, donde tenia una retirada segura, y allí dejó á Sandoval con una fuerza de trescientos castellanos y muchos indios; tomó doscientos de aquellos y un grueso de tlaxcaltecas con muchos nobles de Texcuco, y se dirigió á Iztapalapan, lugar que recordaba por haber pertenecido á su mayor enemigo Cuiclahuatzin, que tan mal parado lo habia puesto. Entró en este lugar, que casi encontró desierto, pues sus moradores se habian retirado á unas islas situadas en la laguna; ocupábanse los de Cortés en saquear las casas, y casi celebraban su triunfo, cuando su júbilo se trocó en espanto, porque los de Iztapalapan soltaron el agua de los diques, operacion que si la hubieran hecho cuatro horas despues, todos habrian ahogado; sin embargo, sufrieron esta suerte algunos tlaxcaltecas, y perdieron la mayor parte de lo que habian robado. Murieron dos castellanos y un caballo, y muchos fueron heridos; Cortés dice que murieron mas de seis mil indios. A la mañana siguiente cargaron sobre los españoles los mexicanos, y se retiraron harto disgustados á Texcuco, pues les atacaban reciamente por agua y tierra, aquejados de frio y hambre. Consolóse Cortés á la mañana siguiente, pues vinieron á

confederarse con él los de Otumba. Los de Chalco quisieron tambien confederarse, y para apoyar su pretension, les mandó á Sandoval con veinte caballos y doscientos españoles é indios auxiliares. Este capitán español tuvo necesidad de batirse con un buen ejército de mexicanos que le salió antes de que entrase en Chalco, duró la acción dos horas, y el triunfo quedó por los españoles. Los tlaxcaltecas que convoyó Sandoval para que llevasen á su tierra lo que habian robado, fueron desvaratados por los mexicanos, y perdieron lo robado. Cortés dividió el estado de Chalco entre dos hijos de su cacique que acababa de morir de viruelas, y cumplió con la última voluntad de este, que lo nombró tutor de entrambos, aconsejándoles que se confederasen con él. Irritados los mexicanos contra los chalqueños, les amenazaron de nuevo, ocurrieron á Cortés que no pudo auxiliarlos, pero hallaron apoyo en los de Huejocingo y Quauhquecholan con quienes los unió, y unos y otros se defendieron de los mexicanos.

No menos que á Iztapalapan, tenia Cortés presente á los habitantes de Zoltepeque, por la mortandad de españoles que le habian hecho, y robo del oro que conducian, como ya hemos dicho, y así mandó á Sandoval que los hostilizase; ellos abandonaron sus casas, viendo venir sobre sus cabezas aquella tempestad; pero la venganza se ejecutó en muchos que fueron pasados á cuchillo, y otros hechos esclavos. Esta correría la ejecutó Sandoval con doscientos castellanos y quince caballos cuando partió para Tlaxcala á conducir los bergantines que estaban acabados. El primer buque de estos, y que sirvió de modelo á los otros doce, fué probado en el río de Zahuapam de Tlaxcala, conocido hoy por el río de Atoyac de Puebla, que pasando por la Mixteca para desaguar en el de Zacatula, se llama tambien el Río Mixteco; y es muy hermoso, abundante de peces, y de buena ribera, que he visto. Hernán Cortés celebró la llegada de estos buques de una manera, que prueba la grande con-

fianza que tenia de conquistar á México por medio de ellos. La conducción, (dice el P. Clavijero) se hizo con el mayor aparato y júbilo de los tlaxcaltecas, pareciéndoles ligera carga aquella que debia contribuir á la ruina de sus enemigos. Ocho mil indios llevaban á hombro las velas, y todos los demas objetos necesarios al transporte: dos mil llevaban los viveres, y treinta mil marchaban armados para la defensa del convoy, mandados por sus caudillos Chichimecatl, Teuchtlí, Axótecatl, y Tzotepil; mas al poner el pie fuera de los confines de la república Sandoval, (dice Gomara) dispuso que por ser la tablazon y ligazon cosa muy pesada, marchase la tropa tlaxcalteca con estos objetos á retaguardia para salvarlos de una sorpresa: esta orden disgustó mucho á los tlaxcaltecas que se jactaban de valientes, y decian que en todas las acciones de guerra ellos habian ocupado los puestos mas arriesgados á ejemplo de sus mayores; de modo que Sandoval necesitó apelar á los ruegos para contentarlos, y tambien condescender con Chichimecatl, y otorgó á su demanda; pundoñor que no es compatible con la indiferencia con que los tlaxcaltecas vieron prender y ahorcar al gran general Xicotencatl, primer gefe de la república en lo militar. Vistióse Cortés para el acto del recibimiento de lujo, y se dejó ver muy galán y bien acompañado, y no iban menos los tlaxcaltecas, pues se adornaron con sus mejores ropas, penachos y divisas militares, cosa de ver. Seis horas, dice Herrera, tardó la tropa auxiliar para entrar en Texcuco, é hicieron cuatro dias de marcha desde Tlaxcala á esta ciudad (*). El saludo de felicitacion que dió á los españoles Chichimecatl con grandes voces, fué.... ¡Ea cristianos! ¡Tlaxcala, Tlaxcala!.... ¡España, España!!.... A que respondian los españoles: ¡Castilla, Tlaxcala! Cortés abrazó á Chichimecatl, quien tuvo la bajeza de arrodillar-

(*) Clavijero dice, que tardaron tres horas; prefiero el dicho de Herrera, pues ejército tan numeroso y ordenado, necesitaba de todo este espacio de tiempo.

se y besar la mano al general español. Sin descansar del viaje, rogó á este que lo empleáse en alguna expedición contra los mexicanos, y accedió á ello. En principio de la Primavera de 1521 se puso en marcha Cortés con veinte y cinco caballos, seis piezas de artillería, trescientos cincuenta españoles, y treinta mil tlaxcaltecas, y parte de los nobles de Texcuco, de quienes desconfiaba. En la llanura, andadas cuatro leguas, se encontraron con un escuadrón de mexicanos en el llano de Tecama, cuyo pueblo saquearon. Cortés prohibió que los tlaxcaltecas cautivasen las mugeres: al día siguiente marchó para Xaltocán, cuyos habitantes se creían seguros de ser atacados, por estar rodeado aquel lugar de fosos y acequias, defendiéndose además con flechas y piedras; mas al fin vencieron los obstáculos los tlaxcaltecas, y penetraron á la ciudad; pasó Cortés adelante, y Chimalpain nota que este gefe halló sobre la portada de una casa por armas ó divisa una tarántula, que en lengua mexicana se dice Tocatl y Xal-araña, y que por todo esto se llama el pueblo Xaltocán. Pasó despues al de Quauhtitlan, que halló despoblado. De esta ciudad, dice Cortés, que era hermosa, hoy es un pueblo miserable que se sostiene con el tráfico de la arriería de Tierradentro, y solo subsisten las antiguas pirámides en sus inmediaciones dedicadas á las estrellas de que habla el baron de Humboldt en su ensayo, y otros escritores de la antigüedad mexicana. De allí pasó Cortés á Tenayocan y Atzacapotzalco, donde no halló resistencia hasta Tlacopam (ó Tacuba) punto desde donde el conquistador se propuso entablar negociaciones con México, ó cuando no, saber cual era el estado de esta capital; mas los de Tacuba lo atacaron con ímpetu, y pelearon muy bien por largo rato, y se retiraron despues por el daño que les hacia la caballería y armas de fuego. Alojóse en una casa de los arrabales aquella noche; los tlaxcaltecas pegaron fuego á una parte de la población. El ejército permaneció allí seis días, en que hubo sus duelos y retos entre los

tlaxcaltecas y tecpanecas, combatiéndose con valor extraordinario. Denostábanse mutuamente, y tambien decian no pocos desahogos á los españoles que mostraban el encono que tenían contra ellos; algunos de estos razonamientos nos han dejado los escritores. Decíanle á Cortés, ¿te parece, cristiano (*), te parece que ahora van las cosas como antes? ¿Piensas que reina hoy en México un Mochtezuma sacrificado á tus caprichos? Entra, entra en la corte, y en breve serás sacrificado á los dioses con los tuyos. . . . Dijoles un castellano, ¿que por qué hablaban tanto estando encerrados y sin comida? . . . Cuando esta nos faltase, dijeron los indios, os comeríamos á los tlaxcaltecas y á vosotros, y les arrojaron tortillas de maiz en señal de que tenían víveres. Las acciones que allí se dieron fueron terribles, y todos estuvieron á punto de perecer, porque se empeñaron en perseguir á unos mexicanos que salieron á insultarlos para atraerlos al peligro. Aquel lugar estaba inmediato á los fosos que con tanta pérdida pasaron Cortés y los suyos en la noche triste; viéronse de pronto atacados por los lados del camino, estuvieron en gran conflicto, y hubo cinco españoles muertos y muchos heridos. Disgustado Cortés del mal écsito de esta escursión se retiró á Texcuco, oyendo grandes denuestos. Clavijero dice, que los tlaxcaltecas pidieron licencia á Cortés para retirarse con los despojos á Tlaxcala y se las concedió, punto en que no está de acuerdo con Herrera, cuyas palabras son las siguientes: "Como Cortés vió á los tlaxcaltecas muy enjoyados de los despojos (cosas que por su pobreza jamas traían,) dijo á Ojeda y á su compañero Marques. . . . Pese á vosotros, catadlos y tomadles el oro, y dejadles la ropa. No se los dijo (añade) á los sordos, porque luego lo hicieron, y hallaron mas de tres mil pesos: y á otro día pareció que se habian ido diez mil tlaxcaltecas. El siguiente día se hizo otra cata, y se fueron otros tantos; y al tercero día faltó la

(*) Parece que lo decian por antifrasis. ¿Cuánto importa esta palabra cristiano que él desmentía con sus obras!

tércia parte de ellos, que se presumió llevar mas de cincuenta mil pesos y mas de doscientos mil ducados de ropa: y porque se iban no les quitaron las joyas de allí adelante y á los señores no se cataba, y así no se fué ninguno (*). Este era el ejército de Tlaxcala, una horda de ladrones; en aquella mala compañía andaban todos á quienes se robaba primero. Con razon se retiró Cortés asaz mosqueado á su cuartel de Texcuco. Estaban acabados los bergantines por este tiempo, y Cortés activaba por su pronta expedicion para botarlos al agua, operacion tan dificil como su traslacion hasta el muelle de Texcuco, que por su singularidad y asombro que causó á los indios bien merece referirse. A lo que da á entender Herrera, refiriéndose á la relacion de Martin Lopez, ingeniero de Cortés y autor de esta empresa, la gran zanja que se hizo, y en que trabajaron ocho mil indios diarios, distaba media legua de la laguna; en un arroyo de poca agua (†) fueron haciendo de trecho en trecho presas para llevarlos con ingenios por ellas; mas estando amarrados, se levantó una gran borrasca de agua y viento, que á no acudirse con grandísima diligencia, se habrian hecho pedazos unos con otros. Hallóse piedra en la parte de la última presa, y con picos y almadenas ó (mazos de hierro chatos) se hizo un deslizadero, para que soltando la presa, aunque con gran furia, sin peligro del gran salto, los bergantines, el uno tras del otro, diesen en la laguna. Para presenciar y solemnizar este acto, se dijo misa del Espíritu Santo (‡), confesó y comulgó Cortés y todos sus soldados, el capellan bendijo los buques, hizo una plática sobre el ser-

(*) Herrera, Decad. 2, lib. 1, pág. 11.

(†) Todavía ecsiste este arroyo que he pasado por él.

(‡) Estos españoles estaban animados del mismo espíritu que los caballeros de las cruzadas de Palestina, que por recobrar el Santo Sepulcro, cometian toda clase de violencias con los habitantes de aquellas regiones. Aun reina el espíritu de tan falsa piedad, pues se bendicen las pulquerias y tabernas de México, lugares de abominacion, en los que habita Dios nuestro Señor en fuerza de su inmensidad.

vicio que hacian á Dios, y la santa intencion que en negocio tan de su servicio debian tener, y como lo habian de ejecutar. Dada la señal, soltó la presa, fueron saliendo los bergantines sin tocar uno á otro, y apartándose por la laguna desplegaron las banderas, tocó la música, dispararon su artilleria, respondió la del ejército, cantóse el Te-Deum, y se hicieron muchas demostraciones de alegria. Efectivamente trece buques como estos, llevados á hombros en el espacio de veinte leguas, fabricados en tierra donde no habia aparejo ni esperiencia ninguna de los materiales, será asunto de admiracion en todas las edades. No la escitará menos el modo con que fueron trasladadas dos piezas grandes de artilleria de fierro, que en Villarica habia dejado una nave de Jamaica. Cortés comisionó para que las trajera á Alonso de Ojeda, que marchó con cinco mil tlaxcaltecas; púsolas en unos lechos de madera desmontándolas, y las cámaras las colocó en otros (lechos) (*), de manera que cada lecho lo llevaban veinte indios remudándose á trechos. Este servicio importantísimo se lo remuneró Cortés haciéndolo general de ciento ochenta mil indios que habia en el campo, cuya lengua entendia perfectamente Ojeda, y tenia mucho arte para tratarlos. Era tambien proveedor del ejército, y les aguantaba con admirable paciencia las picardias y sùtiras que le decian cuando recaudaba los víveres

Las tropas mexicanas puestas en movimiento para impedir el asedio de la capital, no menos que para castigar á los pueblos, que uniéndose á los españoles, engrosaban sus filas, obligaron á los de Chalco á pedir auxilio á Cortés; destinó este á Sandoval para que se los diese con trescientos españoles y veinte caballos, y gran número de indios amigos; pero como hallase que tenian en bastante número

(*) Me parece que este pasage de Herrera se entenderá fácilmente, acordándose que entonces la artilleria tenia diferente construccion de la del dia, pues se dividia y cargaban los cañones por la culata, como se vió el año de 1810, en que se hizo uso de los falconetes que trajo Cortés.

tropas de Huetocinco y Huaquechola, y sabiendo que el mayor peligro estaba en Huatepeque, se dirigió á este pueblo al Sur de Chalco; dos gruesos cuerpos de mexicanos lo atacaron, á quienes derrotó por el crecido número de aliados que le seguían. Entróse en Huastepeque para descansar y curar los heridos; mas allí fueron atacados los españoles que rechazaron á los mexicanos, y siguieron en su alcance largo trecho,

Supo Sandoval que los mexicanos ocupaban una áspera montaña en Ayacapixtla, les ofreció la paz, que rehusaron; los auxiliares temían dar el asalto por la aspereza de la montaña, y desmesuradas peñas que desde ella les lanzaban. No obstante, Sandoval emprendió el ataque y obtuvo la victoria, haciendo tan cruel matanza, que un arroyo inmediato se tiñó con la sangre mexicana; sin embargo, tuvo alguna pérdida, pues allí murió Gonzalo Dominguez: la sed atormentó mucho á los españoles en esta jornada que tuvieron por una de las mas terribles de la conquista, y según Gomara, no podían beber el agua de un arroyo inmediato porque corría mezclada con sangre.

Mucho sintieron los mexicanos esta desgracia, porque confiaban altamente en la fortaleza y localidad del Peñol, y con el mayor secreto mandaron en dos mil canoas veinte mil hombres sobre los de Chalco, en quienes hicieron un gran destrozo, porque los tomaron cansados y descuidados; sin embargo, recobrados de la sorpresa marcharon sobre los mexicanos, y en Chalco Atenco, les dieron una acción en que quedaron victoriosos. Sandoval no fué remunerado de Cortés por su valor en Ayacapixtla, pues atribuyó á negligencia suya el que los de Chalco hubiesen sido atacados otra vez por los mexicanos; no quiso ni aun oírle sus descargos, sino que lo hizo salir nuevamente con los soldados mas esforzados para sostener á sus aliados; y cuando llegó, todo estaba concluido en bien y gloria de estos. Parece que

temió Cortés que alguna desgracia de la guerra desacreditase la reputación de sus armas, y para dejarla bien puesta, dejó á Sandoval en Texcuco con el cuidado de los bergantines y de la plaza, y con veinte mil aliados, treinta caballos y trescientos españoles marchó para Tlalmanalco, y de allí para Chimalhuacan Chalco, donde se engrosó con otros veinte mil hombres. Tomando el camino de Huastepeque, en un peñol vió Cortés una multitud de mugeres y niños, y abajo otra de soldados que con gritos y silvos se burlaban de su ejército; hizo punto de honor el atacarlos y lo emprendió por tres partes; mas una tempestad de piedras y dardos pronto le hizo conocer lo difícil de la empresa, y mas que un ejército mexicano venía por la espalda para acometerle cuando más empeñada estuviese la acción. Desistió, por tanto de su empeño primero, volteó caras, y sin dificultad hizo abandonar el campo á sus enemigos. No fué tan venturoso con los que atacó en el otro Peñol, pues le hicieron ocho muertos y muchos heridos. Había unas casas no muy distantes de este punto donde durmió Cortés la noche de aquel día, al siguiente se propuso atacar otro Peñol inmediato, pensando (dice Gomara) recobrar la reputación que el día anterior perdió. Empeñóse en el ataque, caminando por delante de su hueste; pero á proporción que subía, sus enemigos se le escapaban hácia otro Peñol que tenían contiguo; mas los españoles lo flanquearon, y ocupándolo, fijaron en su cima el pendon castellano. Los indios imploraron perdón, que Cortés les otorgó por ganar fama de clemente.

Pasó de allí al pueblo de Huastepec, y se aposentó en la casa del cacique, cuya magnificencia nos describe Herrera diciendo, que estaba situada en una huerta que tenía dos leguas de circuito, por medio de la cual corría un río, pobladas las riberas de muchas arboledas, y de trecho en trecho aposentos con jardines de diversas flores y frutas, y había diferentes casas, sementeras y fuentes. Había, además,

en diversos peñascos labrados (*) cenadores, oratorios y miradores con sus escaleras en la misma peña. De este bello lugar pasó Cortés á Yauhtépeque, donde no lo espero mucha gente de guerra que habia; siguióla hasta Xiatepeque donde se mató mucha, y se tomaron muchas mugeres, y como el cacique no acudia á presentarse, se le puso fuego al pueblo: ¡tal era esta guerra de esterminio! Pasó despues Cortés hasta las inmediaciones de Quauhnahuac, (hoy llamada la villa de Cuernavaca) ciudad amena, y capital de la nacion Tlahuica, distante diez y seis leguas de México al mediodia; su situacion era muy fuerte, pues de un lado la rodeaban montes escabrosos, y de otro un barranco bastante profundo, por el cual corría un arroyo; por tanto no era atacable; mas como su fecundidad fuese tanta, que las ramas de sus árboles de afuera se cruzasen y enlazasen con los de adentro, ellas sirvieron de puente para que pasase un soldado tlaxcalteca, y á su imitacion otros varios, que amedrentó á los de la ciudad, los espantó y huyeron á los montes: los españoles quemaron parte de ella; despues se presentó el cacique con los principales de Cuernavaca, á quienes procuró dejar contentos. Al tercero dia marchó el ejército hácia el monte grande, llamado de Ajuzco, y llegó á unas estancias que se llamaban Quauhcomolco. Esta montaña es una de las mas elevadas que hay sobre el nivel del mar, considerada la elevacion que sobre el mismo tiene México; en un tiempo fué un volcán de fuego, cuyo cráter se conserva aun, y se ve una gran lava que corrió en torrente hasta el mar del Sur, y unos llaman el Mal-país, y otros el Pedregal; gran parte del año conserva la nieve de que se cubre en invierno, y aquella cumbre es el punto de vista mas delicioso que pudiera imaginarse para observar los valles de México, Toluca, campiñas de Puebla y volca-

(*) Parece que esto es lo que hoy llamamos riscos, en que antiguamente se incrustaban conchas, chichicles, y otras preciosas piezas de loza fina en los jardines, y que apenas hay uno ú otro en las casas antiguas.

nes de Toluca, Popocatepetl, la Sierra-Nevada y Citlaltepetl, ó sea el volcán de Orizava, que otros llaman Poyauh-tecatl. Descendió Cortés con su ejército á la ciudad de Xochimilco, ciudad grande, la mayor despues de la de México en su valle, situada á las orillas de la laguna dulce de Chalco, cuyo vecindario era muy numeroso, muchos sus templos, magníficos sus edificios, y singularmente bellos sus jardines flotantes ó chinampas, de donde tomó el nombre de Xochimilco, que significa jardin ó campo de flores. Tenia (dice Clavijero que la describe) como la capital, muchos canales ó fosos, y á la sazón, por miedo de los españoles, se habian construido algunas trincheras. Cuando vieron venir al ejército, alzaron los puentes para dificultar la entrada. Cortés dividió el ejército en tres trozos para atacar por otros tantos puntos; pero en todos hallaron gran resistencia, y no pudieron ganar el primer foso, sino despues de un terrible combate de media hora, en que fueron muertos dos españoles y muchos heridos; pero superados estos obstáculos, entraron en la ciudad persiguiendo á los que la defendian, los cuales se retiraron á las canoas para seguir combatiendo hasta morir. Oíanse voces de paz, lo que hizo dudar á Cortés que haria, si suspenderia ó no el ataque, mas al fin entendió que era un ardid para suspenderlo, juntar sus hatillos, y ocultarse con ellos en los cañaverales de la laguna, ó aguardar el socorro que esperaban de México. Cesó por fin el ataque, ocupóse la ciudad, pero apenas comenzaban á respirar los castellanos, cuando un gran número de mexicanos formados en orden de batalla por el mismo camino que aquellos habian traido, los atacan y reducen al mayor conflicto. Cansóse el caballo que montaba Cortés, y necesitó defenderse á pié con la lanza, de sus enemigos, y su muerte era casi inevitable; mas su fortuna le deparó á un caballero de Tlaxcala, llamado Ocelotzin que lo salvó de las fauces de la muerte (*), y continuó peleando.

(*) Sobre este hecho se han escrito arañías: dicen algunos que Cortés